



El mundo según Beltrones

Vaya concepción que tiene Manlio del Estado: el Presidente propuso una serie de reformas para perfeccionar nuestra democracia e instituciones. Bueno, pues como el Ejecutivo decidió que la gasolina se pagara al precio que cuesta, entonces el senador le avisa que se olvide de su iniciativa: no le brindará, en su condición de jefe de la oposición más numerosa, ningún apoyo

O sea, que el presidente Calderón, cual mago todopoderoso, puede fijar los precios de las cosas en este país. Es más, si no los mantiene bajos de manera forzosa, entonces se le puede aparecer por ahí algún aprendiz de brujo (con aspiraciones) para lanzarle una oscura maldición: “No escuchas las voces de los grandes sacerdotes” —le advierte Manlio Fabio— “luego entonces te condeno a que no puedas realizar tus hechizos”.

Las implacables fuerzas del mercado no operan aquí, señoras y señores, sino que llega el primer mandatario de la nación y, con su varita mágica, baja el precio de la gasolina o mantiene barato el costo de la electricidad. Y pensar que, con tan fabulosas atribuciones, nos quejamos de que el presidencialismo ya no funciona. Por fortuna, don Beltrones, sin querer, acaba de restaurar plenamente la figura del Presidente (con mayúscula, por favor) fuerte, del hombre que todo lo puede gracias a su voluntad, de la deidad que determina, sin más, cuánto hay que pagar por un kilo de tortillas y cuánto cuesta el kilovatio de electricidad nacionalizada.

Y, por cierto, vaya concepción que tiene del Estado ese tal señor Manlio: el presidente de México ha propuesto a la nación una serie de reformas políticas para perfeccionar nuestra democracia y nuestras instituciones. No ha actuado a título personal sino

en pleno ejercicio de sus facultades, es decir, como jefe del Ejecutivo. Las propuestas tienen que ver, simplemente, con el diseño institucional del Estado mexicano. Bueno, pues como ese mismo presidente ha decidido que la gasolina hay que pagarla al precio que cuesta (es un decir, seguirá siendo subsidiada con la plata de papá Gobierno, o sea, con el dinero de todos los ciudadanos), entonces el señor Manlio le avisa a Felipe Calderón que se olvide de sus reformas: no le brindará, en su condición de jefe de la oposición más numerosa, ningún apoyo. ¿Ustedes ven una relación directa entre el costo de un litro de combustible y la necesidad de que los alcaldes de este país se reelijan para propiciar el rendimiento de cuentas? Pues, por lo pronto, don Beltrones lo tiene muy claro.

Naturalmente, en un mundo ideal todos los productos deberían ser muy baratos. Ahí tenemos, para mayores señas, a Estados Unidos (de América), donde los coches, la Internet, el teléfono y la electricidad cuestan menos que aquí. Somos un país de gente pobre, encima: millones de mexicanos no pueden pagarse siquiera un par de manzanas —o de peras— en el supermercado. Pero el problema no es

sólo de injusticia o de desigualdad: el problema es que el dinero que don Gobierno utiliza, por ejemplo, para subsidiar los consumos de energía tiene que salir forzosamente de algún lado, esto es, no crece en los árboles ni

lo puede fabricar alegremente ningún presidente. Los recursos para los subsidios se obtienen, en principio, de los impuestos que pagan los ciudadanos. Y si los impuestos no alcanzan, el país se tiene que endeudar. Ahora bien ¿tiene sentido aumentar colosalmente la deuda soberana para mantener los precios artificialmente bajos? Desde el punto de vista económico, gastar dinero para compensar la ineficiencia de una empresa como Pemex —muy nacional y muy de nosotros y muy lo que ustedes quieran pero que no puede producir combustibles baratos (o, por lo menos, no puede ganar dinero vendiendo sus gasolinas)— es una aberración. Es tirar la plata a la basura. El caso de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) es igualmente esperpéntico: empresas extranjeras le venden la electricidad que la empresa no alcanza a producir y luego CFE nos la revende a nosotros los consumidores. Pero ni así. El supremo Gobierno necesita todavía subsidiar el producto final porque sigue estando muy caro. ¿No sería mejor, digo, que esas empresas nos vendieran directamente el fluido eléctrico a nosotros, más barato, y que el supremo Gobierno usara el dinero de los subsidios para construir carreteras y hospitales?

El Metro del Defectuoso es ridículamente barato. Los gobiernos populistas de la capital nos dicen que es para beneficio de las “clases populares”. Los empresarios, mientras tanto, se frotan las manos: “si el Metro le cuesta tan poco a mis trabajadores



pues entonces yo les seguiré pagando muy poco". Claro, como no se han podido construir más líneas porque el sistema no es autofinanciable, el Metro no cubre toda la ciudad sino una mínima parte. Los obreros, en consecuencia, deben usar otros medios de transporte. Pero ¿qué creen? ¡Son vehículos privados! Microbuses de particulares, caros, sucios y peligrosos. Esto, estimados lectores, en el país de las... ¡empresas de "todos los mexicanos" y de las paraestatales!

Al señor Beltrones, sin embargo, le gusta mucho este estado de cosas. Es más, él es uno de los inventores del modelo o, en todo caso, uno de sus más fervientes guardianes. Quiere que todo siga igual. Que nada cambie. Y así, se le ha ocurrido que es muy rentable políticamente su amenaza de sabotear unas reformas esenciales para la nación. Está en su papel, desde luego: a punta de chantajes y deslealtades se cree que va pavimentando el camino hacia la presidencia de la República. Estamos avisados.  revueltas@mac.com

Beltrones quiere que todo siga igual. Y así, se le ha ocurrido que es muy rentable políticamente su amenaza de sabotear unas reformas esenciales para la nación. A punta de chantajes y deslealtades se cree que va pavimentando el camino hacia la Presidencia



SARA ESCOBAR